

# LA JOVEN DE LA MEDIANOCHE

GISELA POU



edebé

**PERISCOPIO**

# **LA JOVEN DE LA MEDIANOCHE**

GISELA POU

# LA JOVEN DE LA MÈDIANOCHÈ



**edebé**



Título original: *La noia de la mitjanit*

© Gisela Pou, 2015

© de la edición: Edebé, 2015

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

*Directora de la colección:* Reina Duarte

*Editora:* Elena Valencia

© *Traducción:* Anna Carreras

*Fotografía de cubierta:* Getty Images

1.<sup>a</sup> edición, septiembre 2015

ISBN 978-84-683-1615-4

Depósito Legal: B. 14415-2015

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



## Índice

|   |     |
|---|-----|
| 1. No era una mentira .....             | 9   |
| 2. El delirio de Dora .....             | 15  |
| 3. Amigos de infancia .....             | 21  |
| 4. La ciudad habla.....                 | 29  |
| 5. ¿Dónde está el periodista? .....     | 37  |
| 6. El miedo crece .....                 | 50  |
| 7. El infierno está en la esquina ..... | 60  |
| 8. La explosión.....                    | 72  |
| 9. La noche en Berlín .....             | 81  |
| 10. No busques más .....                | 91  |
| 11. Una sorpresa inesperada .....       | 98  |
| 12. Entre dos mundos.....               | 109 |
| 13. La huida .....                      | 120 |
| 14. Friedrichshagen .....               | 135 |
| 15. La entrevista veintiuna.....        | 146 |
| 16. El secreto de Müggelsee .....       | 153 |
| 17. Volver a casa .....                 | 161 |

*Su estómago se encogía y aparecía aquel dolor que le reventaba las entrañas. Apretaba los labios y se tragaba el miedo. Los dedos de la mano quedaban agarrotados, el brazo se inmovilizaba, el cuerpo se revolvía y se negaba a comer. Pero tenía que hacerlo, estaba allí para hacerlo. No podía detenerse. Gertrud Grass asía el tenedor con fuerza; ante ella, un plato de picadillo de patatas y verdura aliñado con salsa de queso desprendía un aroma exquisito. Pinchaba una patata tostada, ligeramente jugosa. Temblaba. Los movimientos eran extremadamente lentos. El trayecto que iba del plato a la boca era el preludeo del martirio. Los labios se abrían, la comida se posaba en la lengua. No degustaba el sabor, ni el olor. El terror de saber que podía ser su última comida le paralizaba los músculos de la garganta. La sangre se demoraba, la respiración se hacía más pesada, el miedo se convertía en compañero. Tragaba.*

*Respiraba profundamente; una, dos, tres veces, y empezaba la espera. Esperaba que apareciese el dolor, que llegase el vómito, que se le detuviese la sangre. Esperaba.*

## *1. No era una mentira*

Álex encajó mal que no me fuese con él a Londres. «Si no te apetecía, podrías haberlo dicho», me reprochó con rabia. La discusión duró más de una hora. No conseguí darle a entender que para mí era imprescindible viajar a Berlín. Quería hablar, pero él no me dejaba. Quería que comprendiese que cambiar los planes del viaje no era un capricho, pero él no escuchaba, se liaba en un monólogo inacabable y convirtió mi negativa en una traición. Hacía seis meses que salíamos juntos, y aquel mediodía de junio nuestra relación se columpiaba, peligrosamente, en la cuerda floja.

Nunca habíamos tenido una pelea tan intensa. Álex me dejó con la palabra en la boca y se fue. Quise creer que cuando se tranquilizase me escucharía. Durante tres días le llamé, le envié mensajes, incluso fui a su casa un par de veces, pero todo fue inútil. Álex Giró era orgulloso y obstinado, y no soportaba no salirse con la suya. «Tranquila, Sira», me repetía cuando la impaciencia me empujaba a actuar. Estaba convencida de que el día del estreno haríamos las paces y todo se arreglaría.

\*\*\*\*\*

Aquella noche, Joana Llach, mi madre, se estrenaba interpretando a Lady Macbeth en el teatro Romea. Mientras duraron los meses de ensayo, tuve que aguantar sus ataques de nervios, sus descensos al infierno, y aquella inestabilidad permanente en la que vivía mientras interiorizaba todo aquello que concernía al personaje. El estreno de la obra siempre era el punto de inflexión. Después de tantos nervios y quebraderos de cabeza, mamá se relajaba, y si la crítica era medianamente positiva, entonces Lady Macbeth se convertiría en la madre más enrollada del mundo.

Hacía más de dos años que mi hermano, con la excusa de estudiar el grado de traducción e interpretación, se había ido a vivir a París con papá, y yo tenía que aguantar en solitario las turbulencias emocionales de mamá. A mí el teatro me importa un rábano; y aunque debo aceptar que los amigos de mamá —en su mayoría actores— son divertidos, amenos y gente especial, tanta efusividad y egocentrismo me agobia. Sin embargo, a Álex le sucedía todo lo contrario: le entusiasmaba el teatro y era capaz de vender su alma al diablo para ir a un estreno. Nada le exaltaba más que tener actores a su alrededor, y yo, ingenua de mí, estaba convencida de que, a pesar de nuestra pelea, él no se perdería el estreno de *Macbeth*.

\*\*\*\*\*

Le esperaba con el discurso aprendido, pero a medida que pasaba el rato y él no aparecía, la decepción

me borró la sonrisa. Cuando ya no quedaba nadie en el vestíbulo del teatro y el timbre avisó del comienzo de la función, acepté la evidencia: Álex no vendría.

Me senté en la butaca en el momento en que apagaban las luces y dejé el bolso en el asiento de al lado para sentirme menos sola. Después del eco de un repique de tambores, siguió un denso silencio que rompieron las voces de las brujas de *Macbeth*. Fui incapaz de seguir la obra. Ante mí, mamá se paseaba vestida de época, pero a mí me daba la impresión de que ensayaba en el comedor de casa. Imposible concentrarme en la historia. Imposible seguir el discurso de Macbeth. Imposible no hacer nada más que dar vueltas a una idea que se había convertido en un hecho: Álex y yo habíamos roto.

Cuando la obra terminó, no me quedé a felicitar a mamá. Para evitar reproches y preguntas incómodas, le envié un whatsapp donde le decía que había sido genial. Llegué a casa arrastrándome como un gusano, me comí un paquete entero de galletas de chocolate, y me pasé dos horas de reloj concentrada ante el ordenador.

Conseguir resumir en mil trescientas veintisiete palabras todo lo que quería decirle a Álex sin revelar el secreto de mi abuela no fue fácil, pero lo hice, y sin pensármelo dos veces, le envié el mensaje. Era mi último intento.

Mamá no apareció hasta las cinco de la madrugada. En el momento en que se abrió la puerta de la calle, apagué la luz y me metí en la cama. No quería que ella me viese con los ojos enrojecidos. Si me descubría, interpretaría su papel de madre responsable, me

abrazaría como cuando era pequeña para consolarme diciendo que todo se arreglaría, pero era inútil, no había nada que arreglar.

En cuanto los ronquidos de Lady Macbeth se expandieron por el pasillo, volví al trabajo. Había escrito tres correos al periodista que había descubierto la noticia de Gertrud Grass. Le decía que iba a Berlín y que necesitaba hablar con él. El verbo *necesitar* ayuda a abrir puertas; sin embargo, aunque lo repetí tres veces, él no respondió. No me di por vencida y le envié un cuarto mensaje. Cuando las primeras luces del nuevo día emergieron en el horizonte, yo acababa de comprar un vuelo de ida y vuelta a la capital alemana. Había pagado siete noches en un hotelito lo suficientemente económico como para poder estar allí una semana entera. Me puliría los ahorros de un año; aunque me arruinase, valía la pena.

\*\*\*\*\*

El nombre de Gertrud Grass había aterrizado en mi habitación hacía cuatro días. Era mi primer día de vacaciones. Después del último examen, lo único que quería era dormir, descansar, no pensar, y dejar que mi cuerpo recuperase la energía que el exceso de estudio le había robado. Me autorregalé una mañana para holgazanear. No me levantaría de la cama hasta que el cuerpo me dijera basta, pero a pesar de los buenos propósitos, no me acordé de apagar el despertador de la radio. A las siete en punto, el informativo me dio los buenos días y la voz grave del presentador retumbó

por toda la habitación recitando las noticias. El despertador estaba encima de la estantería de los libros; una posición estratégica que me obligaba a levantarme para pararlo. Aquella mañana, mientras me maldecía por haber sido tan estúpida, me tapé la cabeza con la almohada, pero fue inútil: aquella voz profunda y perfectamente modulada se obstinaba en obligarme a que me levantara. Estaba a punto de lanzarle la botella de agua que tenía encima de la mesilla, cuando lo escuché:

«Gertrud Grass, una nonagenaria que vive en Berlín, ha revelado al joven periodista encargado de entrevistarla que ella fue una de las doce chicas catadoras de las comidas del dictador. El Líder tenía miedo de un envenenamiento y, cada día, las jóvenes se exponían a morir para salvar la vida de aquel hombre al que llamaban el Monstruo. Gertrud Grass no había confesado su secreto a nadie. El miedo a sufrir represalias la había obligado a guardar silencio, un silencio que rompía a los noventa y cinco años».

«¡No puede ser!», grité al mismo tiempo que daba un brinco y saltaba de la cama. La emoción, la perplejidad y la sorpresa se mezclaban a partes iguales. Sentía que volaba, me elevaba y escuchaba la voz de mi abuela que me repetía una y otra vez que escuchase su secreto. «¡No puede ser!», repetí, y creí que era un sueño, que el despertador no había sonado, que la radio no había dado la noticia. Y para comprobar que no era producto de mi imaginación, corrí a consultarlo en la red. Tecleé el nombre de Gertrud Grass y apareció el rostro de una mujer de pelo blanco, cejas pintadas, arrugas profundas y collar de perlas a ras de cuello.

Miraba a la cámara y sonreía. La mujer que durante dos años había arriesgado su vida para salvar la del Monstruo estaba viva.